



En aquel tiempo,
algunos ponderaban la belleza del templo,
por la calidad de la piedra y los exvotos.

Jesús les dijo:
—«Esto que contempláis,
llegará un día en que no quedará
piedra sobre piedra:
todo será destruido».

Lectura de la profecía de Malaquías 3, 19-20a

Mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja, y los quemaré el día que ha de venir —dice el Señor de los ejércitos—, y no quedará de ellos ni rama ni raíz. Pero a los que honran mi nombre los iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas.

Salmo responsorial: 97, 5-6. 7-9a. 9bc (R.: cf. 9)

R. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. **R.**

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra. **R.**

Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud. **R.**

**Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo
a los Tesalonicenses 3, 7-12**

Hermanos:

Ya sabéis cómo tenéis que imitar nuestro ejemplo: no vivimos entre vosotros sin trabajar, nadie nos dio de balde el pan que comimos, sino que trabajamos y nos cansamos día y noche, a fin de no ser carga para nadie.

No es que no tuviésemos derecho para hacerlo, pero quisimos daros un ejemplo que imitar.

Cuando vivimos con vosotros os lo mandamos: el que no trabaja, que no coma.

Porque nos hemos enterado de que algunos viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada.

Pues a esos les mandamos y recomendamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen con tranquilidad para ganarse el pan.

Lectura del santo evangelio según san Lucas 21, 5-19

En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo:

—«Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido».

Ellos le preguntaron:

—«Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?».

Él contestó:

—«Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre, diciendo: "Yo soy", o bien: "El momento está cerca; no vayáis tras ellos".

Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico.

Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida».

Luego les dijo:

—«Se alzaré pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo.

Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores, por causa mía. Así tendréis ocasión de dar testimonio.

Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro.

Y hasta vuestros padres,

y parientes, y hermanos, y amigos

os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa mía.

Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas».



DAR POR TERMINADO

Es la última visita de Jesús a Jerusalén. Algunos de los que lo acompañan se admiran al contemplar «la belleza del templo». Jesús, por el contrario, siente algo muy diferente. Sus ojos de profeta ven el templo de manera más profunda: en aquel lugar grandioso no se está acogiendo el reino de Dios. Por eso Jesús lo da por acabado: «Esto que contempláis llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido».

De pronto, sus palabras han roto el autoengaño que se vive en el entorno del templo. Aquel edificio espléndido está alimentando una ilusión falsa de eternidad. Aquella manera de vivir la religión sin acoger la justicia de Dios ni escuchar el clamor de los que sufren es engañosa y perecedera: «Todo eso será destruido».

Las palabras de Jesús no nacen de la ira. Menos aún del desprecio o el resentimiento. El mismo Lucas nos dice un poco antes que, al acercarse a Jerusalén y ver la ciudad, Jesús «se echó a llorar». Su llanto es profético. Los poderosos no lloran. El profeta de la compasión sí.

Jesús llora ante Jerusalén porque ama la ciudad más que nadie. Llorar por una «religión vieja» que no se abre al reino de Dios. Sus lágrimas expresan su solidaridad con el sufrimiento de su pueblo, y al mismo tiempo su crítica radical a aquel sistema religioso que obstaculiza la visita de Dios: Jerusalén —¡la ciudad de la paz!— «no conoce lo que conduce a la paz», porque «está oculto a sus ojos».

La actuación de Jesús arroja no poca luz sobre la situación actual. A veces, en tiempos de crisis, como los nuestros, la única manera de abrir caminos a la novedad creadora del reino de Dios es dar por terminado aquello que alimenta una religión caduca, sin generar la vida que Dios quiere introducir en el mundo.

Dar por terminado algo vivido de manera sacra durante siglos no es fácil. No se hace condenando a quienes lo quieren conservar como eterno y absoluto. Se hace «llorando», pues los cambios exigidos por la conversión al reino de Dios hacen sufrir a muchos. Los profetas denuncian el pecado de la Iglesia llorando.

José Antonio Pagola

CONSIDÉRER CELA COMME FINI

C'est la dernière visite de Jésus à Jérusalem. Certains de ceux qui l'accompagnent sont émerveillés par le spectacle de «la beauté du temple». Jésus, lui, ressent quelque chose de très différent. Ses yeux de prophète voient le temple d'une manière plus profonde: dans ce lieu grandiose, le royaume de Dieu n'est pas accueilli. C'est pourquoi Jésus le considère comme quelque chose de fini: «De ce que vous contemplez, un jour arrivera où il ne restera pas pierre sur pierre ; tout sera détruit».

Soudain, ses paroles ont fait voler en éclats l'auto-illusion que l'on vivait autour du temple. Ce splendide édifice était en train de nourrir une fausse illusion d'éternité. Cette façon de vivre la religion sans faire sienne la justice de Dieu ni écouter le cri de ceux qui souffrent est trompeuse et éphémère: «Tout cela sera détruit».

Les paroles de Jésus ne sont pas nées de la colère. Encore moins du mépris ou du ressentiment. Luc lui-même nous dit un peu plus haut qu'en se rapprochant de Jérusalem et en voyant la ville, Jésus «fondit en larmes». Ses pleurs sont prophétiques. Les puissants ne pleurent pas. Le prophète de la compassion, lui, pleure.

Jésus pleure devant Jérusalem parce qu'il aime cette ville plus que quiconque. Il pleure sur une «vieille religion» qui refuse de s'ouvrir au royaume de Dieu. Ses larmes expriment sa solidarité avec la souffrance de son peuple et, en même temps, sa critique radicale de ce système religieux qui empêche la visite de Dieu: Jérusalem -la ville de la paix- «ne sait pas ce qui conduit à la paix» parce que «cela est resté caché à ses yeux».

L'action de Jésus éclaire assez bien notre situation actuelle. Parfois, dans un temps de crise comme le nôtre, la seule façon d'ouvrir une voie à la nouveauté créatrice du Royaume de Dieu est de mettre fin à ce qui nourrit une religion dépassée, et engendrer en même temps la vie que Dieu veut introduire dans le monde.

Il n'est pas facile de mettre fin à quelque chose qui a été vécu de manière sacrée pendant des siècles. On ne doit pas le faire en condamnant ceux qui veulent le préserver comme quelque chose d'éternel et d'absolu. On doit le faire «en pleurant», parce que les changements exigés par la conversion au Royaume de Dieu en font souffrir plus d'un. C'est en pleurant que les prophètes dénoncent le péché de l'Église.

José Antonio Pagola Traductor: Carlos Orduña